

¿DECADENCIA DE LA TIA BUENA ESPAÑOLA?

DE un tiempo a esta parte viene ocurriendo en el cine español algo muy significativo. Y ante la gravedad del asunto, estimo sería muy oportuno que la problemática que a continuación voy a exponer sea considerada y hasta si es posible incluida como materia de gran interés en el IV Plan de Desarrollo. Los productores tienen que echar mano de hembras extranjeras para poder erotizar convenientemente al español medio, porque ya no bastan los calzoncillos del señor Landa y los muslos de la Montiel. Blanca Estrada, que era una firme promesa, fue arrebatada por la música, y dicen que Augusto Algeró le ha puesto un piso de ocho millones; eso es algo que no puede mejorar ni Pedro Masó. Agata Lys iba bien, pero se ha hecho tan importante antes de hacer algo importante, que ya no quiere destaparse, según dice, al menos, en las revistas donde enseña sus hermosas carnes; claro, es lo que pasa: se ponen a leer a Machado, luego a Bertold Brecht, y ya no quieren más que trabajar junto a Fernando Fernán-Gómez. Y así nos ha ido pasando con nuestras más finas «starlettes». Y las carteleras, nuestras carteleras, se han ido llenando de nombres como los de Nadiuska, Ornella Muti y Lynn Frederick, esta última importada de Inglaterra.

¿Qué pasa con la tradicional y hermosa hembra hispana? ¿Acaso nos encontramos ante un nuevo sector en crisis? Pues ahí también vamos de cráneo. Marisol, rostro muy interesante, pudo competir con la B. B., pero le fallan las piernas, dicen que tiene excesivo pecho y solamen-

te ha tenido un marido. Lo de Rocío Dúrcal es peor: todo el mundo dice que es más guapo su marido, Junior. Marisa Paredes se ha quedado en musa, no sé si exclusiva de Isasi Isasmendi; además, viaja mucho a Londres. Emma Cohen pudo ser una solución, pero cuando la cosa iba viento en popa, le dejó plantado a Ignacio F. Iquino en aquello de las chicas de alquiler. Rosa Morena, flor y gracia de nuestra raza, tiene mucho sexy en la boca, pero dicen que



desnuda pierde mucho; es bajita y se ha quedado en pieza apta para el piropo desde el andamio. Fíjense si estará mal el panorama que hasta asistimos, hace ya tiempo, al revitalizamiento recachondeante, hormonal y de cirugía estética de nuestras ultraclásicas: Lola Flores, Sara Montiel, Carmen Sevilla y Marujita Díaz. Un día, al grito de «¡Como nosotras, ninguna, y viva la madre que nos trajo al mundo, el

salero y la gracia!», se lanzaron a un desaforado destape. Y no es que estén mal, que quien tuvo, retuvo, pero tampoco pueden ya presumir de jovencitas que, a lo «Lolita», levanten olas de pasiones.

Fracasada la «operación rescate», viendo que las que podían ya no pueden y que hay valores que se han quedado más anclados que esos otros tan nuestros y peculiares, eternos y tal, uno volvió su angustiosa mirada hacia Ana Belén, última esperanza. Pero Ana se casó con Víctor Manuel y si algún día erotiza será solamente en señal de protesta.

Pero, ¿qué pasa que no nos hacen tías buenas como en cualquier otro país, jóvenes y brillantes y macizas estrellas que llenen, en todos los sentidos, nuestras carteleras?

También con lo de las «misses» ocurre algo similar: salvo alguna estimable excepción, la mayoría de las que se presentan no se comerían una rosca ni en la Gran Vía a partir de la una y media. ¿Entonces? ¿Será que sí que tenemos buenas hembras pero que estas no quieren hacer cine ni ser «misses»?

—No te quepa la menor duda —me ha dicho un estudioso del tema estudioso—. Quédate una hora en una esquina céntrica y verás qué cantidad de buenas mujeres ves. Los grandes almacenes, las «boutiques», los cines, las cafeterías, los cócteles..., todos los sitios están llenos de buenas mujeres...

Al final, el estudioso y yo llegamos a la conclusión de que haber tías buenas sí que las hay, pero todas se casan con ingenieros navales. Triste. ■ AMILIBIA.

JP

